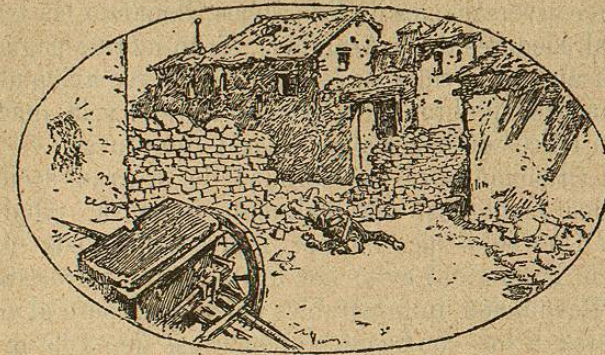


La prensa revolucionaria, que ya era furiosa por sí misma, extremaba su cólera al sentirse pinchada por la penetrante ironía de las hojas y los folletos realistas.

Las publicaciones realistas se multiplicaban hasta lo infinito: los veinticinco millones anuales de la lista civil aseguraban su vida. Montmorin afirmó á Alejandro de Lameth que en poco tiempo había empleado siete millones por encargo de la monarquía para comprar jacobinos y corromper escritores y oradores.

Lo que costaron los diarios realistas *El amigo del rey*, *Las actas de los Apóstoles*, etc., nadie lo ha sabido, como tampoco se sabe á cuánto ascienden las importantísimas sumas que el duque de Orleans dedicó á la compra de la prensa.

Lucha inmunda, lucha salvaje. Unos tiraban con piedras; otros con monedas de oro. Una lucha mata; la otra envilece. De una parte el mercado de almas; de la otra el Terror.



## CAPITULO IX

### Primer paso del Terror.—Resistencia de Mirabeau

Los Jacobinos persiguiendo á los otros clubs, destruyen el Club de Amigos de la Constitución monárquica.—La mayoría de los jacobinos de entonces pertenecen á los partidos Lameth y Orleans.—Primeras ideas de República.—Los jacobinos son aún realistas.—Inquisición sin religión.—Primeros efectos de la Inquisición política.—La partida de Mesdames provoca la cuestión de la libertad de emigración.—Violencia de los jacobinos retrógrados en este debate.—La discusión turbada por el movimiento de Vincennes y de las Tullerías.—Mirabeau defiende la libertad de emigrar.—Peligro que arrostra. Es atacado en los Jacobinos é inmolado por los Lameth.

Para comprender cómo el más civilizado de los pueblos, al día siguiente de la Federación, cuando los corazones parece que debían de estar llenos de emoción fraternal, pudo entrar tan bruscamente en las vías de la violencia, necesario es sondear un Océano desconocido: el de los sufrimientos del pueblo.

Hemos hablado de los periódicos y de los clubs. Pero más abajo de esta superficie sonora está insondable y mudo el infinito del sufrimiento. Sufrimiento creciente, moralmente agravado por la amargura de una gran esperanza convertida en engaño y agravada materialmente por la súbita desaparición de todo medio de vida. El primer resultado de las violencias fué hacer partir de Francia, además de los nobles, muchas gentes ricas que no eran enemigas de la Revolución, pero que tenían miedo. Las que se quedaron no osaban moverse por no marcar su presencia ni vender, ni comprar, ni fabricar, ni hacer gasto alguno. El dinero asustado permanecía en el fondo de las bolsas: toda especulación, todo trabajo estaba suspenso.

¡Espectáculo extraño! La Revolución, que abría la carrera al labriego, se la cerraba al obrero. El campesino seguía con oreja atenta los decretos que ponían á la venta los bienes eclesiásticos y le convertían en propietario; el obrero, mudo y sombrío, despedido de los talleres, se paseaba con los brazos cruzados, erraba durante todo el día, es-

cuchando las conversaciones de los grupos, llenando las tribunas de los clubs y los alrededores de la Asamblea. Todo motín, pagado ó no pagado, encontraba en la calle su ejército de obreros amagados por la miseria, trabajadores quebrantados por el fastidio y la inacción, que se consideraban felices de hacer algo, fuese lo que fuese.

En esta situación la responsabilidad de la gran sociedad política, del Club de los Jacobinos, era realmente inmensa. ¿Qué papel debía desempeñar? Uno solo: permanecer fuerte contra sus mismas pasiones, iluminar la opinión, evitar las brutalidades terroristas, que iban á crear á la Revolución innumerables enemigos; pero al mismo tiempo vigilar de cerca á los contrarrevolucionarios, que á la menor ocasión podían herirles.

Lejos de esto, la tal sociedad, con sus errores ayudó poderosamente á los contrarrevolucionarios. Los multiplicó y les dió fuerza, persiguiéndolos y poniendo todo el interés de su lado. Sin saberlo, hizo por ellos la propaganda más enérgica y más activa. Arrojándolos de París los extendió por Francia y por toda Europa. Ahogando á centenares á los contrarrevolucionarios los procreó á millones.

Los Jacobinos, por su conducta, parecían los herederos directos de los sacerdotes. Imitaban su irritante intolerancia, por la cual el clero tantas heregías ha suscitado. Seguían fielmente el viejo dogma de la Iglesia: «Fuera de nosotros nada de salud.» A excepción de los Cordeleros, á los que afectan despreciar y de los que hablan lo menos que pueden, los Jacobinos persiguen á los demás clubs, hasta á los que son revolucionarios.

El *Círculo social*, por ejemplo, reunión francmasónica á la que no se podía reprochar más que sus ceremonias, club políticamente tímido, pero socialmente mucho más avanzado que los Jacobinos, es duramente atacado por éstos.

El orleanista Laclos, que como ya hemos dicho publicaba la correspondencia de los Jacobinos, denunció al *Círculo social* en su periódico y en el club. El jacobino Chabroud, que en la víspera misma había sido nombrado presidente del círculo, no se atrevió á defenderlo. Camilo Desmoulins se lanzó á defender dicha sociedad, pero á las primeras palabras tuvo que callar, abrumado por las muestras de reprobación de los Jacobinos. No por esto se calló, y al día siguiente escribió el admirable número 54 de su periódico, inmortal manifiesto en favor de la tolerancia política.

Una guerra más violenta aún fué la que los Jacobinos hicieron al *Club de los Amigos de la Constitución monárquica*, la asociación por medio de la cual los constitucionales intentaban renovar su antiguo Club de los Imparciales. Estos hombres, la mayor parte de ellos muy distinguidos (Malouet, Fontanes, etc.), eran en verdad sospechosos, pero más por sus doctrinas que por la organización que habían dado á su club. Diferenciados grandemente del Club del 89, fundado por Mira-

beau, Sieyes, Lafayette, etc., poco numeroso é impotente para la acción, el Club de la Constitución monárquica admitía en su seno á los obreros y distribuía bonos de pan. Estos bonos no eran para los mendigos sino para los trabajadores. En realidad el pan no se daba gratuitamente, pues se buscaba comprar con él el prestigio sobre las masas y dar influencia al club. No había medio de oponerse á esta asociación. Los monárquicos estaban en regla; habían solicitado y obtenido de la municipalidad autorización, que no se les podía negar, para constituirse en asociación. Varios decretos solicitados por los Jacobinos en favor de sus sociedades de provincias, reconocían á los ciudadanos el derecho de reunirse para tratar de los asuntos públicos, así como el derecho de las sociedades á confederarse.

A pesar de esto, los Jacobinos, olvidando la ley, no vacilaron en perseguir á los monárquicos de calle en calle y de casa en casa, intimidando con amenazas á los propietarios de las salas donde aquéllos se reunían. La municipalidad cometió la ligereza de conceder á los Jacobinos un decreto suspendiendo las sesiones de los constitucionales. Estos protestaron contra este acto eminentemente ilegal; la municipalidad no se atrevió á mantener la interdicción. Entonces los Jacobinos recurrieron á un medio más indigno, á una atroz calumnia. Acababa de ocurrir una sangrienta colisión entre los cazadores de caballería y las gentes de la Villette, á quienes acusaban de hacer el contrabando. Por París circuló la versión de que los constitucionales habían pagado estos soldados para asesinar al pueblo, y Barnave les lanzó desde la tribuna nacional una frase cruelmente equívoca, asegurando «que distribuían al pueblo un pan *envenenado*.»

No se permitió á los constitucionales reclamar ni pedir la explicación de estas palabras. Se dirigieron á los tribunales; pero entonces los Jacobinos azuzaron contra ellos algunos grupos que disolvieron el club á pedradas y bastonazos. Los heridos, lejos de ser atendidos, viéronse en peligro de muerte; la muchedumbre mostrábase furiosa contra el club por haber circulado el falso rumor de que sus individuos usaban escarapelas blancas.

En medio de esta lucha brutal, los Jacobinos proclamaron un principio que habían seguido desde su origen, pero que no habían consagrado todavía. En la sesión del 24 de Enero juraron «defender con su fortuna y con su vida á todo aquel que denunciara á los conspiradores».

Todo esto hace suponer que la sociedad estaba animada de ese fanatismo profundo, del cual tantas pruebas dió más tarde. Sin embargo, nada mas lejos de la realidad.

Muchos hombres ardientes que más adelante se habían de unir á Robespierre, resultando vivientes ejemplos del fanatismo, habían entrado ya en el club de los Jacobinos; pero la masa pertenecía á dos elementos muy distintos:

1.º A los fundadores primitivos del club; al partido de Duport, Barnave y Lameth. Estos procuraban sostenerse en presencia de los nuevos elementos, por una ostentación de violencia y fanatismo. ¡Cosa triste! Todos ellos no se diferenciaban de los monárquicos, á los que tanto perseguían, más que por la ausencia de franqueza. Cuanto más cerca se sentían de los monárquicos, más declamaban contra ellos.

## LA PRENSA DE LA REVOLUCIÓN

**L'ORATEUR  
DU PEUPLE,  
PAR MARTEL.**

---

Qu aux accents de ma voix la France se réveille,  
Rois, soyez attentifs; peuple, prêtez l'oreille.

---

Nº. IV.

*Maladie sérieuse du Roi d'Angleterre. — Privation de ses facultés intellectuelles. — Désespoir et chute prochaine de Pitt, ennemi de notre liberté. — Élévation immanquable de Fox, enthousiaste de notre révolution. — Nouvelle agréable pour la France. — Grande et terrible insurrection en Alsace. — Potences dressées, drapeau rouge, etc. — Maire coupable de ces mouvemens. — Le Cardinal de Rohan derrière la toile. — Lettre du Régiment de Flandre à l'Orateur du Peuple, au sujet de ses drapeaux. — Apparition sous daine du ci-devant Prince de Condé sur la frontière. — Son véritable manifeste publiés sous huit jours.*

**J**E ne vous dirai point comme le prophète Jonas, encore quelques jours, et Ninive sera  
Tome. II. C

Primera página de los periódicos «El Orador del Pueblo» y las «Revoluciones de París.»

2.º Un elemento menos puro aún del club de los Jacobinos eran los orleanistas. Ya se ha visto, por el ataque de Laclos contra el *Círculo social*, la indigna manera de que se valían los orleanistas para alcanzar la popularidad, fingiendo furiosos hipócritas. Los orleanistas acababan de recibir un golpe muy grave, del que necesitaban reponerse; ¿de quién había partido el golpe? Del duque de Orleans. El mismo destruía su partido.

Remontémonos un poco en el curso del tiempo, pues el asunto es asaz importante para merecer explicación.

Nº. III.  
**REVOLUTIONS  
DE PARIS,  
DÉDIÉES A LA NATION**

*Et au District des Petits Augustins; avec un  
Extrait de quelques papiers de la Bastille.*

---

Les grands ne nous paroissent grands,  
Que parce que nous sommes à genoux;  
..... Levons-nous.....

---

Du Dimanche 26 juillet au 1er août 1789.

**T**ANDIS que de nouveaux désastres affligent de toutes parts les provinces, le calme renaît enfin dans la capitale; mais chaque moment atteste de nouveaux forfaits & dévoile quelque partie de ce complot affreux dont nous devons être victimes. Aujourd'hui l'on commence à savoir que, pour enchaîner le courage de nos braves compatriotes de la province de Bretagne, nos ennemis avoient projeté de les faire attaquer dans leurs propres foyers, d'incendier le port de Brest, & de demander asyle pour ceux qui eussent été poursuivis, à une puissance maritime voisine de la France. Dans cette supposition, les intrépides Bretons eussent à regret

A

Los orleanistas se creían próximos á conseguir sus fines. La inmensa mayoría de los periodistas, comprados ó no comprados, trabajaban en favor de ellos. Por medio de Laclos tenían el diario de los Jacobinos. En los Cordeleros Danton y Desmoulins les eran favorables. Hasta el mismo Marat estaba con ellos casi siempre. El jefe de la casa de Orleans era reconocido por todos como un ser indigno, pero los hijos y las

## LA PRENSA DE LA REVOLUCIÓN

VIVRE LIBRE (Nº. 1.º) OU MOURIR.

---

**LE VIEUX  
CORDELIER;  
JOURNAL**

RÉDIGÉ par CAMILLE DESMOULINS,  
Député à la Convention, et Doyen des Jacobins.

---

Quintidi Primaire, n.º. Décade, l'an II de la République,  
une et indivisible.

---

Des que ceux qui gouvernent seront bails, leurs concurrents  
ne tarderont pas à être admis. (MACHIAVEL.)

---

**O** PITT! Je rends hommage à ton génie! Quels nouveaux débarqués de France en Angleterre t'ont donné de si bons conseils, et des moyens si sûrs de perdre ma patrie? Tu as vu que tu échouerois éternellement contre elle, si tu ne t'attachois à perdre, dans l'opinion publique, ceux qui, depuis cinq ans, ont déjoué tous tes projets. Tu as compris que ce sont ceux qui t'ont toujours vaincu qu'il falloit

Nº. 1.º A

Facsímil del primer número de «El Viejo Cordelero», periódico escrito por Camilo Desmoulins.

señoras de la casa madama de Genlis y madama de Montesson eran mencionados frecuentemente con elogio. El duque de Chartres, hijo mayor del duque de Orleans, gustaba mucho á todos por la llaneza de su trato y se apoderaba de los corazones. Desmoulins aseguraba en su periódico que este príncipe le trataba «como un hermano».

El joven duque de Chartres había sido admitido por los Jacobinos como miembro de la sociedad con grandes ceremonias y un entusiasmo que hizo eco en todo París. La noche de su ingreso fué una verdadera

fiesta. Los Jacobinos dieron la orden de propagar por todas partes las grandes cualidades de este joven príncipe, discípulo de madama de Genlis. Desmoulins, no sabiendo ya cómo alabarle, puso á la cabeza de uno de sus números un grabado representando al joven príncipe en el hospital atendiendo á los enfermos pobres y sangrando á uno de ellos.

Los orleanistas marchaban bien, y así hubieran seguido á no ser por el duque de Orleans. Sus enemigos le tachaban de ambicioso, pero más que ambicioso era un avaro. Por esto lo que sus amigos le hacían ganar por un lado, su avaricia lo deshacía por otro. El primer uso que hizo del renacimiento de su popularidad, fué arrancar del comité de hacienda de la Asamblea la promesa de que se le pagaría el capital en metálico de una suma de la cual su casa recibía la renta desde tiempos del Regente.

El Regente era realmente un pródigo, todo el mundo lo sabe; lo que se sabe menos es su avidez en cuestiones de dinero. Este príncipe quería, sin tocar su bolsa, hacer que el duque de Módena se casara con su hija, y para esto se dirigió al rey, su pupilo, el pequeño Luis XV, y no tuvo el menor escrúpulo en hacer firmar á un niño de once años, dependiente de él, un dote de cuatro millones á expensas del tesoro real.

El tesoro estaba en seco; después de la deplorable catástrofe de una bancarrota de tres mil millones y del sistema Law, no se podía hacer más que pagar la renta de la tal dote. Y he aquí que setenta años después, en una época igualmente miserable, en la penuria extrema de Enero del 91, el duque de Orleans se atreve á reclamar el capital de la dote, los cuatro millones, sin derecho alguno, pues la dote había sido concedida á la hija del Regente á cambio de que renunciara á todos sus derechos de herencia en favor de su hermano mayor y de sus descendientes. El duque de Orleans era uno de estos descendientes que se había aprovechado de aquella renuncia de herencia; ¿cómo podía al mismo tiempo exigir para él el capital de aquella dote que era el precio de la renuncia?

El ponente de este asunto en la Asamblea era un hombre irreprochable, austero y duro, el jansenista Camus. Cada día echaba por tierra, con su austeridad y rectitud, peticiones que se presentaban solicitando pensiones de trescientas ó cuatrocientas libras. ¿Qué medios emplearon con él para hacerle dulce y fácil en el asunto del duque de Orleans? ¿De qué poderosa obsesión fué objeto? No se puede más que adivinar, pero es fácil que los intrigantes orleanistas le hicieran creer que este asunto de la dote era el solo medio natural de reembolsar al príncipe las sumas que había generosamente gastado en servicio de la libertad. Sea como sea, lo cierto es que Camus propuso á la Asamblea pagar al de Orleans y pagar inmediatamente en el mismo año y en cuatro plazos.

Felizmente se produjo una viva indignación en la prensa. Brissot, antiguo empleado de la casa de Orleans, atacó al duque avariento con gran energía. Desmoulins, á pesar de ser *hermano* como él decía del

duque, le ametralló desde su periódico con frases terribles, diciendo que el duque de Orleans buscaba «sacarles el dinero del bolsillo á los ciudadanos y *sangrar el tesoro público* en los subterráneos de su comité». Camilo desautorizó el grabado que días antes había publicado su periódico, asegurando que era obra de su editor.

Los cuatro millones se escaparon á la glotonería del avaro Orleans, y lo que restó de este asunto fué una disminución considerable de su crédito, su nombre enterrado para mucho tiempo y un prejuicio muy grave creado contra la monarquía ciudadana que era el ensueño de los orleanistas.

Una porción de revolucionarios favorables á la institución monárquica y dominada por la rutina inglesa de llamar al trono á las ramas menores de las dinastías, sintieron apagarse su entusiasmo realista después de este asunto del duque de Orleans.

Camilo Desmoulins, en su maravilloso folleto *La Francia libre*, había probado con la historia en la mano, de reinado en reinado, que la monarquía jamás había dado lo que se prometía de ella el ciego pueblo. Pero hablaba inútilmente en un país monárquico y obstinadamente enamorado de sus reyes. Hasta las masas revolucionarias tenían un ideal de monarquía democrática, pero monarquía al fin. Este ideal fué muerto con el asunto del duque de Orleans, que era el candidato de la monarquía democrática. La gente vió que con él sería el tesoro público lo mismo que con la antigua monarquía, una caja sin fondo, y comenzó á no pensar en reyes de ninguna clase. Por esto el principal fundador de la república fué el duque de Orleans con sus torpezas.

La iniciativa republicana tomada por Camilo Desmoulins fué seguida por otro Cordelero, el periodista Robert. Este expuso de nuevo la idea de que sólo la República podía dar una simplicidad franca y fuerte á la Revolución. Su libro *El republicanismo adaptado á la Francia*, fué muy leído.

Brissot adoptó poco á poco los ideales republicanos, defendiéndolos como único medio de dominar la situación. Defendió la República como cuestión de fondo y no de forma, demostrando que no era posible ninguna mejora social si la cuestión política no era planteada francamente. Robespierre y Marat engañándose, aunque con esto seguían la idea de la mayoría, preocupábanse poco de la República, creyéndola una simple cuestión de forma relegada á último término. Creían posible aún continuar el movimiento, llevando como pesado bagaje una monarquía cautiva, hostil y poderosa todavía para el mal; hacer marchar para la Revolución, dejándole en el pie esta terrible espina. No veían que esto era herirla con golpe mortal y matarla tal vez.

El redactor del diario de los Jacobinos, el orleanista Lacloss, se declaró el abogado de la monarquía frente á los escritores republicanos. El mismo club de los Jacobinos se declaró expresamente por la institución monárquica. El 25 de Enero, un representante de una sección al pro-